

CON EL PEDAGOGO ARGENTINO ESTANISLAO ANTELO

# “LA TAREA DEL DOCENTE NO ES COMPRENDER A LOS NIÑOS”

El especialista rosarino señala que existe en la actualidad una desviación del rol docente. Cuestiona la figura del “profesor comprometido” –aquel que se preocupa por sus alumnos: quiénes son, dónde viven– porque descuida su verdadera tarea, que es la enseñanza de la cultura. Invitado al Congreso Iberoamericano de Extensión Universitaria (Extenso 2009), Antelo conversó con **Brecha** sobre este polémico asunto.

CAROLINA PORLEY

—USTED AFIRMA QUE “el compromiso del docente no es ni con los chicos ni con el contexto sino con la trasmisión del conocimiento”. ¿Podría explicar el razonamiento que está detrás de esa frase?

—Los chicos cuando nacen no vienen con los conocimientos incorporados. En el animal eso está instintivamente resuelto. Nosotros somos animales fracasados, como dice Kant en la primera página de **La pedagogía**. El hombre nace sin conocer el sujeto y el predicado, el triángulo rectángulo, el Peloponeso, la metáfora o la revolución francesa. Hay una lucha por definir qué se va a transmitir: si hay que enseñar inglés o no, si hay que apuntar a la educación sexual o no, etcétera. Eso es una discusión posterior. Pero lo que ocupa el centro de la escena en la educación hoy es la creencia que el compromiso auténtico del docente no es con la trasmisión del conocimiento sino con los niños o jóvenes y con el contexto. Un docente comprometido es aquel que dice querer a los niños, o que sostiene que todo lo que hace es por su amor a ellos. Yo creo que plantear que transmitir conocimiento no es lo principal es un disparate y un egoísmo.

El dominio del profesor no son los niños. Detrás de esa supuesta bondad y entrega por los niños lo que hay es narcisismo. Cuando se quejan y uno les pregunta por qué no se van, el docente responde “porque ellos me necesitan”.

La paradoja es que la educación se cumple cuando el otro ya no me necesita.

Si queremos comprometernos con el niño, la mejor manera que tenemos es transmitir. Mi hipótesis es que el compromiso no es con los niños sino con lo que uno eligió. De otro modo habría que hacer un profesorado de amor a los niños.

—¿Le parece que los docentes desvirtúan su oficio y postergan la trasmisión del conocimiento y hacen énfasis en aspectos sociales?

—La responsabilidad mayor en todo caso es de los pedagogos, que los han separado de lo que aman. Yo me recibo y lo que quiero hacer es enseñar biología. “A mí lo que me gusta es dar clases”, dicen los docentes, como si su tarea se tratara de otra cosa distinta.

Pero el especialista te dice que no podés no saber quién es el niño. Entonces a quién le pregun-



Foto Oscar Bonilla

to yo quién es el niño. Acudí a la psicología, te dicen.

Ahora, cuando voy a enseñar me paran de nuevo y me preguntan, “¿usted sabe dónde vive el niño?”. No, no sé. “¿No sabe cuál es su contexto, cómo es su familia, cómo es el barrio? Usted no puede enseñar si no sabe eso”, insisten.

Yo lo que digo es que se ha corrido el centro de la enseñanza, porque lo que ocupa el primer lugar es el niño y su contexto. Pero lo central del oficio del do-

cente es la trasmisión del conocimiento.

Si queremos trabajar con los problemas de los niños no tenemos que trabajar con los niños sino con los adultos. Los responsables de los problemas de los niños somos los adultos.

—¿Cómo ata esa descentración del oficio al desprestigio del docente?

—La manera que uno tiene de protegerse es mostrando la obra y el producto. Como explica François Dubet, un intelectual francés muy importante, los educadores que trabajan con adultos pueden mostrar los resultados de su trabajo. A los tres meses leen y escriben.

Los que trabajan con los más chiquitos también. Al poco tiempo los niños aprenden el abecedario, los números, leen. Uno ve ahí el resultado del trabajo docente.

Lo que digo es que si como resultado del trabajo docente lo que perseguimos es la trasmisión, eso nos protege porque nuestra función es muy importante. Ahora, si el resultado es conocer a los niños, comprenderlos, la cosa se complica porque esas cosas no las tiene por qué hacer un docente, lo puede hacer cualquiera.

—En esta entrevista usted se quiere hacer entender. Y para eso me aclara que Dubet es un intelectual importante porque yo puedo no conocerlo. Sabe que no le está hablando a un igual, a un pedagogo, sino a una periodista.

Para eso necesita conocerme y así asegurarse que su trasmisión de conocimiento va a ser relativamente exitosa...

—Es un problema teórico muy importante. Está bien. Decías que no te trato como a un igual... parece ser que en la relación pedagógica uno nunca puede tratar al otro como un igual. Se supone que al otro algo le falta. Yo te formo a vos porque no estás suficientemente formada. Pero si yo te fabrico a vos como un dependiente eso me transforma a mí en necesario. Es lo que llamo narcisismo, esa concepción de “ellos me necesitan”. Ahora, si me concentro en lo que amo, en mi oficio, toda mi tarea está concentrada en ver cómo hago para mostrarte a vos lo que amo. Porque uno obtiene gratificaciones cuando da clases. ¿Quién dice cómo se aprende? Es muy difícil decir cómo se aprende. Los que estudian eso son los psicólogos.

Todo eso a mi manera de entender son cosas que en un momento aparecieron como colaborando con la acción educativa pero que terminaron corriendo del centro de la escena la trasmisión y por ende al docente. En la relación pedagógica el más desprotegido es el docente. El que manda en la enseñanza es el otro.

En la conferencia de hoy conté una experiencia, una investigación, que hicimos en unas orquestas en las zonas más pobres de la

ciudad de Buenos Aires. Le preguntamos a un eximio profesor de violín si tenía algún problema con los chicos. “Sí, tengo un problema. No los aguanto más”, nos dijo. Entonces esa respuesta genera una pregunta teórica: ¿se puede enseñar y no aguantar a los chicos? Yo pienso que sí, por algo que leí en otra investigación de una maestra de sesenta y pico de años. Ella decía “los chicos pasan, la enseñanza queda”. Poreso el verbo que nos caracteriza es dar: “¿qué estás dando?”, “esto ya lo di”, “esto no lo voy a dar”...

—¿Le parece que este cambio de eje se refleja en los planes de estudio de formación docente?

—Si el contexto está en el centro importa la sociología, la antropología. Cuando el eje está en el destinatario se quita vigor a la trasmisión. Y entonces esa trasmisión se negocia, se adecua a la demanda. Se piensa que un buen docente es el que identifica las demandas, el que interpreta qué quieren aprender los chicos. Yo creo que un docente es aquel que no se separa de lo que ama. Los destinatarios son secundarios.

—Pero si bien antes como ahora los chicos pueden o no aprender, los contextos pesan. En tal grupo un docente pudo dar tal tema o trabajar con tal autor, y en otro no pudo, porque ni siquiera logró que los chicos permanecieran sentados 40 minutos. Incluso los docentes se quejan de que muchas veces son interpelados y cuestionados por el nivel de exigencia, y les recuerdan el contexto del liceo o la escuela...

—Bueno, pero ¿por qué eligió la docencia? Jacques Rancière, en **El maestro ignorante**, dice: “ninguna piedad para el que suscribe el veredicto de su propia exclusión”. Traducido: “no te hagas la víctima”. No me vengas con que no se puede por el contexto; el contexto siempre es adverso o crítico, como dicen acá. Yo creo que eso es claudicar. Vos te inscribiste en el instituto de formación docente, vos quisiste, nadie te obligó a ser docente. Lo único que tiene el docente para dar es lo que ama: el conocimiento. Si además quiere militar en ese contexto, luchar contra esos contextos críticos, bienvenido. Pero él eligió transmitir conocimiento. Hoy la docencia se convirtió en un trabajo donde la competencia fundamental parece ser saber relacionarse con el otro, si no sos un ogro.

Lo que digo es bien simple: la corporación pedagógica –dentro de la que me incluyo– ha separado al docente de lo que ama. ■

## Trivia

ESTANISLAO ANTELO ES máster en educación por la Universidad Nacional de Rosario y doctor en humanidades y artes por la misma universidad. Ha participado en numerosos proyectos de investigación en el campo pedagógico. Actualmente es director del proyecto “Vestigios de los setenta: Pedagogía, trasmisión, herencia y memoria en la militancia argentina progresista” y codirector del proyecto “La institución del conocimiento y las prácticas educativas en los institutos de formación docente no universitarios”. Entre sus libros destacan **Pedagogía para aspirantes** y **El renegar de la escuela** (en coautoría con Ana Abramowski). ■